

**Pregó de Santa Tecla 1995,
per Muhamed Nezirovic**

PREGÓ

Ilustrísimo Sr. Alcalde de la ciudad, dignísimas autoridades, tarra-
gonins i tarragonines, gent de pau (en árabe: *al-salam alayk*, la paz sea
con todos nosotros.

Cuando me ofrecieron la oportunidad de pregonar vuestra Fiesta
Mayor en honor a santa Tecla, la verdad es que estuve a punto de negar-
me y declinar esta responsabilidad. Para justificar esa posible decisión me
dije a mí mismo: "¿Qué diablos hace un musulmán, embajador de un
país en guerra, triste y desolado, proclamando la alegría feliz de una fies-
ta cristiana?". Sin embargo, casi de inmediato, en primer lugar recordé
un ingenioso dicho referido a nuestro quehacer cotidiano en la embaja-
da: se dice que cuando un diplomático responde con un "sí" quiere decir
"tal vez", cuando responde "tal vez" quiere decir "no", y si responde
"no" entonces no es un diplomático.

Resulta pues evidente que por lo menos mi respuesta no fue un
no; otra cosa bien diferente es que al aceptar la amable invitación de este
ayuntamiento haya dado pruebas de ser un buen diplomático, porque,
por otra parte y en segundo lugar, en cuanto a la cuestión del contraste
entre mi país en guerra y la alegría de vuestra fiesta, también aquí debía
encontrar razones y argumentos capaces de convencer al más recio y
suficientes para justificar esa aparente paradoja. Tras una profunda refle-
xión sólo resonaba en mi cabeza la máxima latina *Si vis pacem...*, aunque
en ningún momento en mi meditación pensaba en otra cosa que no
fuera preparar la paz, cuidar la paz, mimar la paz. Y si, como ocurre con
mi pueblo, se vive la guerra, también cabe más que nunca el *para pacem*,
porque la paz empieza nunca y, al igual que el fuego o la pasión del
amor, esa paz debe ser constantemente atizada con nuevos leños para
mantener encendidos sus rescoldos e impedir que el frío de la discordia

y la guerra apague el calor de sus cenizas. Sólo consigue renacer aquello que debe renacer, o sea aquello que sólo en apariencia estaba muerto. El fuego de la paz que duerme entre las brasas se puede avivar en cualquier momento, amenazador y esplendoroso, pero de unas frías cenizas del odio y de la guerra jamás se arrancará una llama de paz.

Todavía una tercera duda atormentaba mi mente y condicionaba mi decisión: ¿Cómo un musulmán glosaría las excelencias de una mártir cristiana, más aún cuando durante siglos, en esta y en otras muchas tierras, musulmanes y cristianos, cristianos y musulmanes no hemos estado precisamente a partir un piñón?

Vivimos el año de la tolerancia y, de acuerdo con a esa misma tolerancia, desde la humildad de quien trata de justificar una presencia siquiera anómala, debería fijar un cuadro coherente de la ideología del islam en lo que ésta tiene de específicamente religioso, en su teología dogmática, en su moral, en su derecho, en las fuentes de su revelación y en su doctrina ascético-mística, para constatar cómo un ancho y profundo caudal de este legado ha ido a enriquecer vitalmente el río de vuestra cultura. No pretendemos, desde luego, encarar aquí todo el inmenso panorama de las influencias musulmanas en la civilización occidental y en particular en la civilización española y catalana, pero sí al menos dejaremos constancia de la llamada "teoría arabista" que ya en su momento cayó como una bomba —sin ninguna referencia bélica— entre romanistas y teólogos, aunque en el bien entendido de que las concepciones místicas del islam provenían del cristianismo paulino y del monacato oriental, que fueron recogidas y elaboradas por el sufismo musulmán, y acabaron por ser devueltas a sus primitivos propietarios a través de España.

¿Y acaso no fue san Pablo quien enseñó el camino a santa Tecla, y como protomártir no es también santa Tecla una representante capital del monacato oriental?

Es por ello que la religiosidad de esta tierra para un observador atento presenta caracteres tan originales y distintivos que resulta irreductible a los patrones de otros países de Europa o América.

Vuestra compleja personalidad espiritual se forjó por el entrecruzamiento de las tres creencias que poblaron en la Edad Media el solar patrio, es decir, la cristiana, la musulmana y la judía.

El catolicismo en este país ha heredado de la tradición religiosa islámica una serie de caracteres típicos, que van desde la concepción del Estado como realización social del reino de Dios —lo que durante mucho tiempo lo ha marcado necesariamente con un sello religioso totalmente

SANTATECLA

SEPTEMBRE TARRAGONA

Les Festes

1995




Ajuntament de
TARRAGONA

diferente del laicismo estatal europeo— a la magia de determinados símbolos religiosos, que se presentan desligados de una relación íntima y personal con las ideas que tales símbolos parecen expresar. Además una especie de fatalismo conservadorista aún hoy paraliza la iniciativa de algunos que buscan en un resignado “hágase tu voluntad” una excusa trascendente para no esforzarse en hacer eficaz la propia voluntad —en política eso mismo nos llevaría a posiciones muy particulares—; de igual modo la desgracia, individual o colectiva, se encara con un quietista encogimiento de hombros y un “estaría de Dios” o un “estaría escrito”, de raíces típicamente coránicas. El pueblo incluso en nuestros días en buena parte vive apegado a un mesianismo que recuerda también el *madhismo* musulmán: espera que las cosas acontezcan, o que surja algún adalid de dotes taumatúrgicas, y con ello la idea de que el bien espiritual puede conseguirse —e imponerse— por la fuerza de las armas, convirtiendo la agresividad en “guerra santa”.

Si el Corán promete el paraíso al guerrero muerto en el campo de batalla, el papa León IV, en el año 848, hizo otro tanto con los cristianos que se alistaban para la cruzada, y Urbano II, en 1095, se apoyó también en argumentos espirituales para incitar a la lucha contra el “infiel”. Desde la Reconquista hasta la última contienda civil cualquiera de las guerras que han assolado el país ha tenido un claro tinte de “guerra santa”. Sin ir más lejos vuestro san Magín fue alistado en la guerra de liberación contra los franceses, y en tierras vecinas dentro de la Corona de Aragón en la misma guerra de la Independencia la Virgen del Pilar parece ser, según la copla, que no quiso ser francesa, sino capitana de la tropa aragonesa.

Podríamos hablar de un cristianismo islamizado con la aceptación de la santidad de la guerra religiosa: los poemas épicos, que llegan hasta la actualidad, nos presentan escenas de misa y absolución general ante el combate, y vemos estos puntos de contacto hispano-árabe en tantas ocasiones que en muchas los pasamos por alto, sin aceptar cualquier otra justificación de unas guerras que en esencia no tienen nunca ninguna justificación.

Al igual que el islam no distingue entre guerra religiosa y secular, ya que ambas son un servicio a Alá, cuántas veces no se han identificado los intereses particulares con los divinos en otras muchas contiendas, frente a los musulmanes en la Reconquista, ante los judíos, contra los moriscos o frente a las disidencias de la época de la Contrarreforma en Mühlberg, Lepanto y la derrota de la Armada Invencible, para no tocar unos tiempos que tenemos demasiado vivos y cercanos.

Conviene dejar las cosas bien claras y, aunque parezca contradictorio, en la doctrina islámica se contempla perfectamente la tolerancia: “Combatid en el camino de Dios a quienes os combaten, pero no seáis los agresores, Dios no ama a los agresores”.

Aparte de estas influencias que podríamos llamar trascendentales, podemos rastrear una multitud de reminiscencias musulmanas en la misma cotidianidad de la vida y de vuestras costumbres. Así, el besar el pan recogido del suelo, considerando que es “pan de Dios”, *âych Allâh*; el excusarse al denegar una limosna con la fórmula “Dios lo ampare” y “Dios lo ayude”, la petición de una limosna “por Dios” o el agradecimiento del ciego reflejado en la frase “Dios le conserve la vista”. Parece ser que fue el califa al-Mansur quien, después de aquellas palabras bíblicas que piropean a María con un “bendito sea el fruto de tu vientre”, por primera vez, agradecido dijo a uno de sus súbditos “Dios acoja a la madre que te parió” con una fórmula de bendición —que se puede trastocar en maldición— conservada evidentemente hasta nuestros días, al igual que el “si Dios quiere” o el “ojalá” procedente del árabe *wa châ Allâh*.

Ramon Llull recomendaba a vuestros antepasados la imitación de los musulmanes en escribir al principio de las cartas el nombre Jesús, como éstos escribían el de Mahoma.

Y qué decir del uso del canto como medio de incrementar la emoción religiosa en los impulsos y arrebatos místicos, tomada del sufismo musulmán al primitivo monacato oriental y que luego degeneró en aberraciones abominables en la consecución comunitaria del éxtasis con medios tan peligrosos como las drogas —marihuana, opio...—, saltos frenéticos, danzas rotativas, la ululación y las célebres “miradas platónicas” dirigidas a novicios hermosos, ya sea para subir a Dios a través de su belleza, ya para vencerse a sí mismo sobreponiéndose a las malas inclinaciones que tales miradas podían producir.

Con una actitud de extremada prudencia, aún de la mano de figuras tan relevantes como san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola o san Pedro de Alcántara, podemos afirmar que desde siempre ha existido una mutua relación con posibles influencias y supervivencias entre ambas culturas y costumbres religiosas unificadas hoy y aquí bajo la paz de la celebración de la festividad de Santa Tecla.

Así pues desde vuestra cálida paz, desde la alegría de una fiesta recién iniciada, y con la esperanza puesta en que bien pronto también mi pueblo podrá gozar de esa deseada paz y de la alegría flamígera de una fiesta como la vuestra, me subo al alminar o minarete de vuestra

casa consistorial, como humilde almuédano, mitad badajo de campana, mitad trompetilla de alguacil, para que mi voz resuene como un eco que invita a vivir, a holgar esos actos tradicionales con los que cada año honráis a vuestra santa patrona y protectora.

Se me antoja pensar que hombres y pueblos, aunque alejados por la distancia, o separados por la lengua —perdonaréis que no me exprese en catalán—, e incluso a veces enfrentados por las creencias religiosas, en el fondo y si no profundizamos demasiado no somos tan distintos. Vuestros rostros, ahora expectantes, en poco se diferencian de los de mis convecinos y vuestra historia está llena de paralelismos con la de mi pueblo —casi tantos como enfrentamientos—, incluso no ha mucho la misma música ha acompañado el sentir de nuestros pueblos.

Recuerdo una canción emblemática en la que más de veinte años atrás Bob Dylan se preguntaba, entre otras cosas, cuántas bombas debían estallar para que ya no quedase ninguna, cuántas muertes se habían de producir a nuestro alrededor para comprender que ha muerto demasiada gente... Bob Dylan nos decía entonces que eso sólo lo sabía el viento y que había que buscar las respuestas en el viento.

Han pasado los años y siguen estallando bombas y sigue muriendo gente, demasiada gente, a nuestro alrededor. Buscamos una respuesta en el viento y el viento no nos la da. Hora es ya de que reconozcamos que la guerra en sí misma conlleva necesariamente una injusticia, pues de costumbre no alcanza a los que la atizan y dirigen, sino que, casi siempre, todo su peso viene a caer sobre los inocentes, sobre el pobre pueblo, que no tiene nada que ganar ni con la victoria ni con la derrota. No es el hambre, sino al contrario la abundancia, la sobra de energías, lo que suscita la guerra. Es cierto que toda guerra de liberación es sagrada y que toda guerra de opresión es maldita, pero si ha de hacerse la guerra, hágase únicamente con la mira de obtener la paz.

El corazón en paz ve una fiesta en todas las aldeas, pero un ciclo terrible parece ceñirse indefectiblemente sobre nosotros: la paz hace riquezas, la riqueza soberbia, la soberbia trae la guerra, la guerra la miseria, la miseria la humildad y la humildad de nuevo la paz.

En este siglo que estamos a punto de concluir toda Europa ha vivido un ciclo semejante y aun algunos países han repetido el ciclo en diversas ocasiones, de manera que incluso las costumbres de nuestros pueblos se han visto muy influenciadas por esas guerras; vosotros mismos, en vuestra propia lengua decís aquello de que "cada terra fa sa guerra" para indicar que cada pueblo tiene sus propias costumbres. Última-



mente parece como si la guerra fuera ya una de esas costumbres; desde la paz nos hemos acostumbrado a convivir con la guerra y yo os puedo asegurar que la guerra siempre ha sido una mala vecina: "Sólo le pido a Dios que la guerra no nos sea indiferente".

Tarragona, en paz y en fiesta, no es indiferente a la guerra. Tarragona se ha solidarizado con mi pueblo y yo les diré a los míos cómo, mucho antes de que yo llegara a vuestra ciudad, en la plaza del Rei, al pie de lo que fue en la antigüedad el pretorio de los gobernantes romanos, hace ya un cierto tiempo, los sones musicales de diversos grupos se unieron en dulce y armoniosa sintonía con el expresivo silencio de los allí congregados en favor de Bosnia, al igual que en mitad de la misma Rambla los lunes por la tarde, en esa hora sagrada del atardecer mediterráneo, de nuevo os agrupabais y vuestro pensamiento se unía al dolor de mi pueblo.

Como decía el poeta, yo no he podido llegar a Tarragona en mejor tiempo, ni otra hora fuera más sagrada, como esa del atardecer, cuando está al caer la dulce tarde y en el cielo se nota ya crepuscular el otoño.

Si alguien ha querido levantar una injusta fama a los catalanes, y entre ellos a los "tarragonins i tarragonines", de gente cerrada e incluso hermética, dejadme desde aquí y ahora destruir esta idea con mis pobres palabras que no son sino el reflejo de una experiencia. Cierto es que no os lanzáis alegre e inconscientemente al cuello del visitante extraño: primero nos probáis, para luego acogernos hospitalariamente.

Con el zaguán abierto, portal sin puertas, esta gran casa Tarragona, acoge al visitante cuya amistad hace su estancia amable.

Y como a tantos que me han precedido, también a mí la ciudad me ha hechizado con su hospitalidad. ¿Será acaso esa misma hospitalidad que tanto pregona el islam?

Yo he llegado a Tarragona y he sentido sobre mi rostro ese aire que otro tiempo henchía los estandartes del imperio romano y las velas catalanas que surcaban el Mediterráneo.

Es ahora cuando el campo se embellece y un resplandor dorado nos inunda, se endulza la luz con la mirada y hasta la mar tiene un azul descolorido.

Llegado ha el tiempo en que vuelve aquel grave silencio, muerto ya el canto de los recolectores, de nuevo roto por el bullicioso estruendo de la alegría festiva.

La sombra de las montañas invade el Camp de Tarragona. Cuando no ha mucho, allá en la cima do se pone el sol, era aún una llama fluorescente, ahora es sutil tela de seda amarotada.

Siento bajar del cielo una dulzura enorme.

Está al caer la hora más sagrada, se acerca aquel instante de añoranzas, melancólica tristeza, recuerdos de un pasado.

Mi patria es hoy un campo de batalla donde el payés ya no coge su arado y la ciudad no es sino toda ella un gran cementerio urbano. Cenizas por doquier bajo las cuales hemos de hallar esos rescoldos —"caliu de brases"— que han de encender la patria de un a otro lado.

Hace unos instantes, cuando desde lo más alto de la ciudad, desde vuestro gran alminar, "gloria de sol y cielo y viento, tu Catedral se eleva en firmamento con una apoteosis vibrante en polvaredas", repiqueteaban las campanas con aire de fiesta y mientras esta plaza se llenaba de una densa humareda con olor a pólvora, melancólica tristeza, recuerdos de un pasado, instante triste de añoranza, todavía me repetía a mí mismo el estribillo de una sura coránica:

"Si castigáis, castigad en la misma forma en que fuisteis castigados, pero, si tenéis resignación, eso será mejor para los resignados".

Yo vengo de un país donde los estallidos no son precisamente el anuncio de una alegre fiesta. Bosnia no está tan lejos de Tarragona como para que podamos olvidar fácilmente lo que se vive allí.

Pero yo no he venido para aguardar una fiesta que muchas veces se ha visto ya sorprendida por la lluvia.

Quisiera que la tormenta de esa guerra, tan absurda como todas, que azota a mi pueblo desde hace demasiado tiempo, hubiese ya pasado y que desde el azul del cielo de Tarragona apareciese el extremo de un luminoso arco iris, puente de paz que llevase hasta los campos y las ciudades de Bosnia los colores, los sones, el olor y todos los otros sentidos de vuestra fiesta envueltos en sentimientos de tolerancia, para que a su paso todos supieran que unos lazos de amor funden siquiera por unos días la alegría en paz de vuestra Fiesta Mayor con el dolor de mi país en guerra.

Y no puedo terminar mi elocución sin dedicar unas breves pero a la vez sentidas palabras a la mujer que inspira toda esta celebración festiva, una mujer que como pocas —y como otras muchas— supo del acoso de los hombres, del exilio de su tierra y del sufrimiento del martirio, y que logró por encima de todo la paz eterna.

A veces, en la historia, a la mujer se le ha negado un determinado papel, pero no se le ha vedado nunca el carisma de la santidad. Es evidente que una mujer puede perfectamente ser *walî*, santa.

Tarragona está bajo la advocación de santa Tecla y la bendición de los *awliyâ* —santos— posee virtudes especiales.

Tecla es una *walî*, Tecla es una santa, y si, como dice al-Tabari, la coronación del gran festín paradisíaco viene dada por las sonrisas de las huríes, siempre vírgenes y hermosas, “bellas como el jacinto y el coral”, “de senos redondos y miradas honestas, con grandes ojos que rezuman pureza”, esas huríes que “son las mujeres creyentes, incluso aquellas que han muerto viejas, llena de canas la cabeza y los ojos de legañas, las cuales, tras su muerte, son vueltas a la vida por Alá y convertidas de nuevo en doncellas”, la vida de santa Tecla coincide casi plenamente con esta descripción coránica y Tarragona se honra con el patrocinio de esa santa, una *walî*, mujer creyente que murió vieja y canosa en tierras de Oriente, pero que vive durante todo el año en el corazón de los habitantes de esta ciudad y renace bella como el jacinto y el coral con motivo de vuestra Fiesta Mayor.

Si al empezar la lectura de este pregón os saludaba con un *Al-salam alayk* y os decía “la paz esté con todos vosotros”, ahora, al acabar, sé positivamente que la paz está aquí, envolviendo toda la ciudad, no sólo porque habéis sido pacientes en aguantar estas humildes palabras —“¡Ten paciencia! Tu paciencia no está más que en la mano de Dios”—, sino también porque habéis sido piadosos conmigo y sois benefactores de mi pueblo —“Dios está con quienes son piadosos y con quienes son benefactores” (Corán 16, 127/128).

Muchas, muchísimas gracias a todos. Feliz Fiesta Mayor. ¡Viva Bosnia en paz! Visca Catalunya! Visca Tarragona!